EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

IN ARTÍCULO MORTIS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

RICARDO BLASCO.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1889.

IN ARTÍCULO MORTIS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

RICARDO BLASCO.

Estrenado en Madrid en el Teatro LARA el 23 de Octubre de 1888.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal.*

1889.

PERSONAJES. ACTORES.

CONCHA	Srta. Rodríguez.
RAFAEL	Sr. Rubio.
PEDRO, criado	Tojedo.

La acción en Madrid.—Época actual.
(Derecha é izquierda las del actor.)

ACTO ÚNICO.

Un estudio de pintor rica y artísticamente amueblado. Ventana grande al foro. Á la derecha, en segundo término también, puerta cubierta con un tapiz, que se supone comunica con el piso inferior por medio de una escalera interior. (Esta puerta puede sustituirse, si se quiere, [con el principio de una escalera de caracol practicable.) En primer término, á la izquierda, un mueble artístico, con *secretaire* y recado de escribir. Sobre este mueble, colgada en la pared, una panóplia con armas antiguas y exóticas, y entre ellas un *carcaj* de flechas indias. En primer término, hacia el medio de la escena, un caballete con un cuadro, de modo que reciba la luz de la ventana del foro, es decir, colocado de espaldas al público. Artísticamente diseminados por la escena y las paredes, profusión de cuadros, esculturas, ropas, maniquí, armas, muebles antiguos, etc, etc.

ESCENA PRIMERA.

CONCHA.

CONCHA. (Al levantarse el telón, entra por la izquierda y después de mirar á todos lados:)
¡Aun no ha venido! Las tres.
El almuerzo ha sido largo.

¡Si es que no era algún pretexto!...
Él salió preocupado...
y yo estoy muy escamada,
¡pero mucho! Y para estarlo
hay razón de sobra. Yo
no soy celosa, al contrario,
pocos maridos habrá
que puedan jactarse tanto
como el mío de que nunca
les pidan cuentas de cuando
entran, ni salen, ni nada
de lo que hacen. Yo no salgo
casi nunca con él. Nunca
la pregunto dónde ha estado
cuando vuelve. Jamás digo,
si es que vuelve con retraso,
si tardó mucho en volver.
Como ahora, pongo por caso,
que son ya las tres y veinte...
es decir, las tres y cuarto. . (Mirando al reló.)
las tres y doce minutos!
y desde que habrá acabado
de almorzar, aunque haya sido
á las dos, echando largo, (Exaltándose.)
vá una hora y doce minutos
(pongamos una hora y cuarto),
en que mi señor marido
no tiene justificado
en qué ha invertido ese tiempo,
que no es poco! Y sin embargo,
yo no me pongo furiosa, (Exaltadísima.)
ni doy voces! ni me exalto! (Gritando.)
Y estaría en mi derecho;
si, señor! Y otra, en mi caso,
sospecharía del pillo,
del bribón, del desalmado!
del infiel!... Pero, yo no.
Ni le insulto; ni hago cálculos
aventurados; ni miro
(Revolviendo papeles en el secretaire.)
entre sus cosas, por si hallo
algún indicio que me haga

saber si anda en malos pasos...
(Fijándose en un papel.)
¡Qué dice aquí? (Lee.) «Juana, Pepa.
»Tula, Luisa, Julia, Amparo,
»Isabel...» ¡Qué nota es esta
que parece un calendario?
(Lee.) «Juana: fea, pero lista;
»es lo común.» (Hab.) Cómo? (Lee.) «Amparo:
»muy formal, pero muy torpe;
»hay que llevarle la mano
y aun así no acierta.» (Hablado.) ¡Qué
es esto! (Lee.) «Luisa: algún rasgo
»de artista; muy revoltosa.
»Pepa: buena chica.» (Hablado.) ¡Vamos!
¡Me gusta! (Lee.) «Julia: mediana,
»es joven; quizás saque algo
»de partido de ella.» ¡Ah, mónstruo!
(Estrujando el papel.)
¡Seductor desenfrenado!
¡Conque tiene usté una nota,
á manera de muestrário,
para escoger sus conquistas?
¡Un registro del escándalo!
¡Un *menú* de livianlades!
¡De infamias un *memorandun*!
¡Indice de concubinas
y de mancebas catálogo!
(Llorando.) ¿Así es como correspondes
al cariño confiado,
que ni te cela, ni espía,
ni sospecha? (Furiosa.) ¡Pillo! ¡Vándalo!
¡Á una esposa tan amante!
tan dulce!... Si no le mato
cuando le vea, no tengo
vergüenza!... Más, no;
con tacto he de descubrirlo todo.
(Oyendo abrir la puerta de la derecha y ocultando el papel.)
Aquí está.

ESCENA II.

CONCHA y RAFAEL.

RAFAEL. (Entra en traje de calle, abriendo la puerta con un pepueño llavín. Vuelve á cerrar, deja el sombrero, y en cuanto vé á su mujer se apresura á abrazarla muy cariñoso.)
¡Conchita!

CONCHA. (¡Falso!)
(Fin guiendo sorpresa.)
¡Rafael!.. ¿cómo tan pronto?

RAFAEL. ¿Pronto? Las tres menos cuarto
lo menos. (Quitándose el gaban.)

CONCHA. (Ap.) ¡Yá me estafó
media hora! (Alto.) ¿Se ha acabado
ahora ese almuerzo?

RAFAEL. Á la una
y media.

CONCHA. Quedan en claro.
dos horas. (¡Cuántas pilladas
pueden hacerse!)

RAFAEL. Fué Cárlos
quién me entretuvo.

CONCHA. (¡Te veo!)

RAFAEL. Me cogió y...

CONCHA. (Interrumpiéndole bruscamente, después de consultar á hurtadillas el papel.)
¿Cárlos ó Amparo?

RAFAEL. (Sorprendido.) ¿Cómo?

CONCHA. (Exaltándose.) ¿Ó Tula? ¿Ó Isabel?

RAFAEL. (Id.) ¿Qué?

CONCHA. ¡Juana! ¡Ó Luisa!

RAFAEL. Entendámonos...

CONCHA. ¿Ó la Pepa? ¡¡Buena chica!! (Furiosa.)

RAFAEL. Pero mujer ¿qué te ha dado?
¿estás loca?

CONCHA. ¡Estoy furiosa!
Y tú... ¡¡estás *pillo*!!

RAFAEL. Sepamos...

CONCHA. Hoy mismo pido el divorcio

RAFAEL. Pero mujer...
CONCHA. ¡Me separo
de tí! ¡Yá estarás contento!
¡Yá eres libre!
RAFAEL. Pero... (¿Acaso
sospechará?...)
CONCHA. Yá te turbas.
RAFAEL. ¿Yo? (¿Sí sabrá?...)
CONCHA. Te has quedado
como el papel... ¡La conciencia
te vende! Te has puesto blanco.
RAFAEL. ¿Yo?
CONCHA. ¡Ahora rojo!
RAFAEL. (Cargado.) Y hasta verde
de no entenderte.
CONCHA. ¿No? ¡Falso,
mira y muérete! (Enseñándole el papel.)
RAFAEL. ¿Qué es esto?
CONCHA. Tus infamias.
RAFAEL. (Leyendo el papel.) ¡Já! ¡já! (Vamos,
del mal el ménos; creí
que era otra cosa.)
CONCHA. ¡Descaro
igual! ¡Y aun se rie!
RAFAEL. Tonta;
¿y tú has creído?...
CONCHA. Veamos
que inventas para disculpa.
RAFAEL. Hija mía, está bien claro.
Ese papel es la lista
(Cogiéndolo y marcando.)
de mis alumnas. Debajo
de sus nombres, sus progresos.
Tu prima Luz se ha empeñado
en que yo enseñe dibujo
en su colégio, y lo hago
por complacerla, y aun más
por complacerte.
CONCHA. (Contentísima.) ¡Alabado
sea Dios! ¿Será posible?
RAFAEL. Es lo cierto. (Fingiendo enojo.) Y tú...
CONCHA. Declaro

que he hecho mal en dudar
de tí. ¿Me perdonas? (Mimosa.)

RAFAEL. (Dándose importancia.) Tanto
dudar me ofende.

CONCHA. Yo no lo puedo
remediar.

RAFAEL. Tus infundados
celos de siempre, á que yo
no doy lugar, me hacen daño;
y te aseguro que..

CONCHA. (Pesarosa.) ¡Pobre
de mí! Con este endiablado
carácter, tú cada día
me querrás menos, es claro,
como que soy insufrible.

RAFAEL. No digas eso.

CONCHA. (Afligida.) ¡Y te hago
sufrir, si yo lo comprendo!
Y lo que es peor, andando
el tiempo, te cansarás
de aguantarme.

RAFAEL. (Cariñoso.) Vamos, vamos,
no digas tontunas.

CONCHA. (Exaltándose poco á poco.) ¡Vaya!
Y entonces desesperado
de ver que pago tan mal
tu cariño, al fin y al cabo,
buscarás otra más dulce.
¡Y eso, solo de pensarlo,
me pone fuera de mí! (Indignada.)

RAFAEL. Te juro que no.

CONCHA. (Furiosa.) Te mato
el día que eso suceda!
¡Tú con otra!

RAFAEL. (Cargado yá.) ¡Por los clavos
de Cristo, mujer. Al menos
reserva tus arrebatos
para cuando eso suceda.

CONCHA. ¿Luego no me he equivocado?
¿sucederá?

RAFAEL. No, mujer;
te juro que no. Yo te amo

más cada día y comprendo
que, por quererme tú tanto
como me quieres, te tomas
todos esos malos ratos.

CONCHA. (Que oyendo á Rafael se ha ido tranquilizando.)
¿De veras me quieres mucho?

RAFAEL. Más que á mi vida; y me enfado
al ver que así te atormentas
y á mí me atormentas, cuando
no hay motivo ni razón
para ello.

COCCHA. (Humilde.) Es cierto.

RAFAEL. ¿Ha pasado
yá la nube?

CONCHA. Ya pasó.

RAFAEL. ¿Vuelve á lucir puro y claro
mi cielo que está en tu alma?

CONCHA. Sin una sombra.

RAFAEL. Firmamos
por siempre jamás las paces?

CONCHA. Firmadas.

RAFAEL. ¿Con un abrazo?

CONCHA. Y con mil. (Se abrazan.)

RAFAEL. ¿No habrá más dudas?

CONCHA. ¡Jamás! (Mientras Pepe se dirige á otro lado de la escena se queda mirándole, y de pronto, como si le asaltara una idea nueva, dice muy alarmada, ap.) ¿Me estará engañando?

RAFAEL. Ahora te tengo que dar
buenas noticias.

CONCHA. Veamos.

RAFAEL. ¿No te he dicho que al volver
la causa de mi retraso
ha sido que encontré al paso
á Cárlos? Pues desde ayer
me busca por todas partes
afanoso el pobre chico
para presentarme á un rico
aficionado á las artes;
un inglés, á quien le ha dado
por ser gran coleccionista
de cuadros, mezcla de artista

y banquero; un potentado.
Cárlos le ha hablado de mí
con elogio; le llevó
á su casa y le enseñó
el cuadro que le vendí.

CONCHA. ¿Y qué?

RAFAEL. Que, según le dijo,
le ha encantado y quiere verme.

CONCHA. ¿Para qué?

RAFAEL. Pues para hacerme
algún encargo, de fijo.

CONCHA. (Contentísima,) ¡Qué bien!

RAFAEL. Como no se tuerza
este asunto, me conviene
mucho. Ese inglés solo tiene
firmas de primera fuerza;
y á más de venderle caro,
mi cuadro en su colección
me dará reputación
en el extranjero.

CONCHA. ¡Es claro!

RAFAEL. Cárlos es un buen amigo

CONCHA. ¡Sí lo es! (Pausa.)

RAFAEL. Lo que me molesta
del negocio, Concha, es esta
noche no comer contigo.

CONCHA. ¿Comes fuera? (Contrariada.)

RAFAEL. Yá lo ves.
Cárlos, buscando ocasión
de hacer la presentación
pronto y bien, nos da al inglés
y á mí en Lhardy una comida
esta noche; es un modesto
banquetito. ¿Por qué has puesto
(Fijándose en Concha.)
la cara tan compungida?

CONCHA. ¿Comeré sola también?
Hoy tampoco has almorzado
en casa.

RAFAEL. (Fingiendo contrariedad.) ¡Y yo que he pensado
que iba á parecerte bien!
Pues, aunque pierda esa venta

y me tachen de informal,
yá no voy, lo principal
para mí es verte contenta.
Le escribo...
(Dirigiéndose al mueble-secretaire y disponiéndose á escribir.) (Ap.) Ella me hará ir.
(Alto.) Un pretexto y se acabó.

CONCHA. (Después de vacilar, convencida.)
No, Rafael, eso no.

RAFAEL. Sí. (Con mal disimulada alegría.)

CONCHA. No tienes que escribir.
Irás porque has prometido
que irás, y sería injusto
que yo no tuviera gusto
en ello.

RAFAEL. (Se ha convencido.)
Bueno; puesto que tú quieres
iré. Pero...

CONCHA. Basta. Irás,
y así te convencerás
que no hay dudas. Las mujeres
de los artistas tenemos
que sufrir estas ligeras
molestias.

RAFAEL. (Ap.) ¡Si tu supieras!...

CONCHA. ¿Á qué hora es eso?

RAFAEL. Comemos
á las siete; pero estoy
citado á las seis en casa
de Cárlos.
(Acercándose al caballete y disponiéndose á pintar.)
Hablando pasa
el tiempo sin pintar hoy;
y quisiera terminar
esto, que al venirlo á ver
ese inglés, pudiera ser
que lo llegase á comprar.
Siempre es mejor que un encargo
lo que uno ha hecho á su gusto.
(Mirando el cuadro y consultando con Concha que habrá venido á su lado.)
Me satisface... Está *justo*...

bien compuesto .. ¿eh?

CONCHA. (Que, de contenta que estaba, se ha puesto de pronto fosca, como si al mirar el cuadro se le hubieso ocurrido una idea desagradable.)
Sin embargo,
yo encuentro una cosa rara
en esta figura.

RAFAEL. Dí.

CONCHA. Que no se parece á mí
en el cuerpo, ni en la cara.

RAFAEL. Pues, para hacer la muchacha,
me has servido de modelo.

CONCHA. (Cada vez más fosca.)
Sí; pero este no es mi pelo,
ni la boca... ni la facha...
Y estos ojos, no diré
que son feos, pero...

RAFAEL. (Picado.) Vamos,
que de todo eso sacamos
en limpio que no acerté.

CONCHA. (Furiosa.) Que la cosa está bien clara;
que teniéndome delante
debía ser mi semblante
este; y si esta no es mi cara,
deduzco con fundamento
que mientras esto pintabas
en otra mujer pensabas!
¡Atrévete, dí que miento!

RAFAEL. ¿Estás loca?

CONCHA. Tan simplona
no me creas. ¡Te has vendido
tú mismo! Aquí hay parecido
con otra. ¡Alguna bribona!

RAFAEL. ¡Por Dios!

CONCHA. ¡Teniéndome al lado,
pensar en otra! ¡Qué horror!
¡qué cinismo!

RAFAEL. ¡Por favor!
escúchame.

CONCHA. ¡Desalmado!

RAFAEL. Pero ven acá, mujer;
y si te puedes calmar

y me quieres escuchar,
pronto te has de convencer.
Con deliberado intento
he procurado cambiarte
un poco, y no retratarte
en el tipo que ahí presento.
Como tienes la manía,
por tus ridículos celos,
de que no traiga modelos
de mujer, como debía,
resulta, con mi profundo
pesar, que se dará el caso
de tener, yendo á este paso
tu retrato todo el mundo.
Y me sonaría mal
escuchar una alabanza
si tiene gran semejanza
contigo esa *horizontal.*
Por eso, aquí, mi pincel
te ha variado. ¿Lo comprendes
ahora, loca? ¿dí, lo entiendes
al cabo?

CONCHA. (Humilde.) Sí, Rafael.
¡Pero sólo de pensarlo!...
(Exaltándose.)

RAFAEL. Te pones como una fiera.

CONCHA. Perdóname.

RAFAEL. (Pintando.) (¡Si supiera
lo que hay!...)

CONCHA. (Por el cuadro.) ¿Vas á acabarlo?

RAFAEL. Si pudiera de un tirón...
Poco falta. El tiempo acosa,
y...
(Parándose de pintar y buscando alrededor por el estudio.)
Necesito una cosa
que me llene este rincón.
(Mirando el cuadro.)
Esto está frío... Ya sé.
(Tomando los objetos que indica el diálogo y agrupándolos artísticamente para que le sirvan de modelo.)

Unos paños... Es un cuarto
de artista... Sí; aquí reparto
bronces... armas.
(Se sube en una silla para alcanzar de la panóplia el carcáj de las flechas indias, y al irlo á coger se detiene como si hubiese observado algo que le contrariase.)
¡Diablo!

CONCHA. (Que al oir su esclamación se turbará un poco, como si se viese obligada á tener que mentir.)
¿Qué?

RAFAEL. ¿Tú has tocado esto?

CONCHA. ¿Yo?... No.

RAFAEL. Estas flechas ya no están
como las puse. Las han
movido. (Con aire de reprensión.)

CONCHA. Pues lo que es yo...
Aun de mirarlas me asusto.
¿Las flechas envenenadas?
(Con exagerado terror.)
Ya sabes que están colgadas
ahí contra todo mi gusto.
Te pudiera el mejor día
ocurrir algo.

RAFAEL. ¿Habrá sido
Pedro? Llámale.

CONCHA. (Vivamente.) Ha salido.

RAFAEL. (Colocando las flechas en el grupo que formó con los otros objetos.)
Le echaré una chillería.

CONCHA. ¡Regalo más fastidioso!...

RAFAEL. (Poniéndose á pintar.)
Siempre es curioso, y yo tengo
cuidado de ellas.

CONCHA. Convengo
en ello. Querido esposo,
te dejo entregado al arte.

RAFAEL. ¿Te vas?

CONCHA. Tengo que salir
hoy.

RAFAEL. ¡Cuánto voy á sentir

no poder acompañarte!

CONCHA. No lo sientas; el artista
á trabajar.

RAFAEL. ¿Dónde vas?
¿Á paseo?

CONCHA. Nada más
que á casa de la modista.

RAFAEL. (Burlón.) ¿Trapitos?

CONCHA. (Picada.) Sólo un vestido
sencillo. De mi dinero
ahorrado, porque no quiero
arruinar á mi marido.

RAFAEL. (Dejando de pintar y yendo al secretaire, de donde saca unos billetes, que dá á Concha.)
No seas niña. Tus galas
no me arruinan, ni aunque así
fuese, me quejara. Aquí
tienes.

CONCHA. (Contentísima.) ¿Qué? ¿Me lo regalas?

RAFAEL. Y que sea muy bonito
es lo que quiero.

CONCHA. (Abrazándolo.) Mereces
que se te adore. Hay dos veces
(Contando el dinero.)
más de lo que necesito.

RAFAEL. Con eso será hasta allí.

CONCHA. Mil gracias y hasta después.

RAFAEL. Cuando vuelvas, si no es
pronto, ya no estaré aquí.
Dejarte es mi desconsuelo.

CONCHA. ¡Qué amigos más fastidiosos!
Adios, modelo de esposos.

RAFAEL. Adios, esposa... *modelo*.
(Vase Concha por la puerta ó escalera izquierda.)

ESCENA III.

RAFAEL.

Se quedará en la puerta por donde salió Concha diciéndole adios con la mano, muy cariñoso, y figurando que la sigue con la vista, mientras baja la escalera interior. En cuanto está seguro de que se fué, baja al proscenio, dando muestras de gran alegría.

RAFAEL. ¡Ya se fué; ya estoy libre!
¡Pobre Conchita!
¡Y se va tan contenta
la pobrecita!
(Mirando al sitio por donde salió con cómica compasión.)
Por más que celas,
no ves que soy un pillo
de siete suelas.
¡Crees pruebas de traiciones
estos papeles,
(Por el que leyó Concha en la escena primera.)
ves infidelidades
en mis pinceles,
y te has creído
la colección de embustes
que te he urdido!
No ves, incauta, terpe,
pobre celosa,
que mientras te enfureces
por cualquier cosa
sin fundamento,
te he contado una historia
que es sólo un cuento?
¿Que no hay inglés, ni venta,
ni tal banquete,
sino una morenita
de rechupete,
llamada Adela,
que me espera en la calle
de la Arganzuela,

número treinta y siete,
piso segundo,
y en aquel apartado
rincón del mundo,
tan escondido,
muy bien arregladito
tiene su nido?
Allí, por vez primera,
mi fé hoy naufraga,
como Dios un milagro
por tí no haga. (Frotándose las manos de gusto.)
¡¡Un trapicheo!!
(Transición; con gravedad cómica.)
La verdad, yo comprendo
que esto es muy feo.
Un casado no debe
romper los lazos
y de amores ligeros
echarse en brazos,
pero, señores,
hay algunos demonios
tan tentadores! (Entusiasmándose.)
¿Qué mortal se resiste,
si le provoca
quien tiene aquellos ojos
y aquella boca?
¡Son dos ojazos!...
(Marcando entusiasmadísimo.)
(¡Si mi mujer se entera
me hace pedazos!)
¡Pues los piés!... ¿y las manos?...
¡cosa más mona!
¿Y el talle?... ¿y aquel?... ¡Todo!
¡Buena persona!
¿Quién no tropieza
si le ponen á tiro
tanta belleza?
Yo he luchado de firme;
me he resistido,
porque, á pesar de todo
soy buen marido.
Y aun ahora mismo,

cuando me veo al borde
yá del abismo,
la conciencia me grita:
(Entablando el diálogo consigo mismo.)
—«Tente, mal hombre,
»lo que haces con tu esposa
»no tiene nombre.»
Además ¿ya la cosa
tiene remedio?
Á ver si hay muchos hombres,
que al año y medio
de estar casados,
no han sido ya culpables
de más pecados.
Yo la quiero de veras,
con alma y vida,
aunque la juegue hoy esta
mala partida.
¡Bah! ¡Soy un niño!
¿Qué tiene que ver... *eso*
con el cariño?
¡La falta de costumbre
me hace medroso,
no hay que ser yá tan tonto
ni escrupuloso!
(Resueltamente.) ¡Me espera Adela
y me voy á la calle!
de la Arganzuela!
(Se dirige al caballete y empieza á recoger todos los trastos de pintar que había preparado.)
Se acabó el pintar por hoy.
¡Me largo y caiga el que caiga!
Pero, antes voy á colgar
otra vez esto, (Por las flechas.) no haga
el demónio que tengamos
un disgusto.
(Se sube en la silla y cuelga las flechas en la panóplia.)
¡Ajá!
(Al ir á bajarse se desprende una flecha y al caer le pincha la mano.)
¡Caramba!

(Asustadísimo y mirando con terror la herida.)
¡Me he pinchado! ¡Sí, no hay duda;
con la flecha envenenada!...
¡Sangre!... ¡Maldición!... ¡Estoy
perdido, (Con terror cómico.)
que Dios me valga!
(Se mueve y habla con gran agitación hasta el final del acto.)
¡El veneno inoculado
hará su efecto; y ya nada
puede salvarme! Bien claro
me lo decia en su carta
Antonio.
(Abriendo el secretaíro y sacando papeles que ojea y empieza á leer rapidísimamente hasta dar con la carta.)
Aquí está... No es esta...
Esta. (Lee.) «¡Qué pesada carga
es la vida!» (Hab.) Sin peligro
de muerte, qué á gusto se habla!
(Lee.) «Mi mujer...» (Hab.) Bueno adelante;
¡aguantarse!... (Lee.) «Buscas armas...»
(Hab.) Aquí. (Lee.) «Te mando esas flechas
de hotentote, cosa rara
y auténtica. Ten cuidado
con ellas. Envenenadas
con curare, el más activo
veneno, si por desgracia
te pinchas con una de ellas,
por poco que sea, nada
pueden ni las medicinas
ni el médico.» (Hablado.) ¡Virgen santa,
no hay salvación! (Lee.) «Es la muerte
segura y casi instantánea.
Se paralizan las piernas,
luego se enfrian, se para
la circulación conforme
la parálisis avanza
por el cuerpo; sientes frío.»
(Hablado.) ¡Tirito! (Lee.) «Luego te abrasas
por dentro.» (Hab.) ¡Yo sudo! (Lee.) «Luego,
frío otra vez; luego... nada!

la muerte! En veinte minutos
el más robusto se larga
al otro barrio...» ¡Estoy muerto
sin remedio! ¡Suerte aciaga!
(Dejando caer la carta aterrado.)
¡Morir tan joven!... ¡Un médico!
(Dirigiéndose vivamente á llamar por la puerta ó escalera interior de la izquierda.)
¡Pedro!... ¿Para qué? De nada
(Variando de opinión y volviendo al desaliento.)
serviría. ¿Qué iba á hacer,
suponiendo que llegara
á tiempo?... ¡Veinte minutos
me quedan de vida!... ¡Cuántas
ilusiones, cuántos planes
risueños, qué de esperanzas
destruídas!... ¿Y por qué? (Con rabia.)
¿Cómo! ¡Por una nonada,
por un pinchazo! Esto irrita.
¡Qué muerte más sin sustancia,
más estúpida, más tonta!...
Pero indudable. ¡Me espanta
(Mirando al reló.)
el mirar la rapidez
con que esas agujas marcan
los instantes que me restan
de vida!... Si retrasara,
(Como asaltado por una idea luminosa.)
al menos, esa catástrofe
ligándome?... (Buscando.) Aquí no hay nada
que me sirva .. Sí; el pañuelo
(Viendo el pañuelo que Concha debió dejar olvidado)
de Concha. ¡Esposa adorada,
(Ligándoselo á la muñeca.)
ni el consuelo de tenerte
á mi lado! Ya está... (Vivamente.) ¡Calla!
¡Si por fortuna me hubiesen
cambiado las flechas?... ¡Vana
ilusión!... Pero es seguro
que no estaban colocadas
como yo las puse... ¡Pedro!
(Llamando desde la izquierda.)

¿No ha vuelto? Sí... ¡Con qué calma
(Escuchando.) sube!... ¡Tirito!... ¿Esto es frío
ó miedo, Dios de mi alma?

ESCENA IV.

RAFAEL y PEDRO.

PEDRO. ¿Ha llamado el señor?
RAFAEL. Sí.
Oye, Pedro.
PEDRO. Diga usté.
RAFAEL. ¿Te acuerdas de que mandé
que no moviese de aquí (Señalando la panoplia.)
nadie estas flechas?
PEDRO. (Visiblemente turbado y como si se viese obligado á mentir.)
Señor,
yo no he sido. Tengo apego,
y mucho, á la vida, y luego
usted mandó!...
RAFAEL. (Persuasivo.) Sin temor
confiesa que has infringido
mis órdenes. Ya lo ves,
no te regaño, al revés,
te estaré reconocido.
¿Las has cogido, verdad?
No me enfado. ¿Las tomaste
y por otras las cambiaste?
PEDRO. No, señor.
RAFAEL. ¡Qué terquedad!
Si comprendo la intención
que te guió; tú eres bueno...
PEDRO. ¡Las flechas con el veneno!
Tengo la conservación
de mi pobre personilla,
aunque humilde, en mucho aprecio.
¡Me iba la vida!
RAFAEL. (¡Este necio
me está dando la puntilla!)
PEDRO. Nadie tocó ahí.
RAFAEL. (¡Yo sudo!)

La señora, acaso...

PEDRO. ¡Cá!
Sabe el peligro y no está
por dejar al señor viudo.

RAFAEL. Bueno, vete. (Con acritud.)

PEDRO. (Marchándose.) Está muy bien.
(Yo la consigna he cumplido.)
(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

RAFAEL.

RAFAEL. No hay remedio, estoy perdido.
¡*Requiescat in pace amen*!
(Con desesperación cómica.)
Cuando vuelva mi mujer
ya estará mi cuerpo yerto.
¡Pobrecita; al verme muerto,
qué disgusto va á tener!
Yo que quería infringir
las leyes del matrimonio,
y se me lleva el demonio
sin poderlo conseguir.
Pagaré la penitencia
sin cometer el pecado,
por no haber, sordo, escuchado
los gritos de la conciencia.
¡Pobre esposa! Bien vengada
estás!.. Mas, si este momento
no aprovecho y testamento
no hago, la dejo arruinada.
(Se dirige rápidamente al secretaire y saca un papel en que escribe mientras sigue hablando.)
En la miseria sumida
quedara si yo.. . Dios quiera
que mi voluntad postrera
consuele su alma afligida.
Estas líneas al leer,
verá que es mi último aliento
y mi postrer pensamiento
suyo. ¡No volverla á ver!
(Al ver entrar á Concha, oculta en el cajón rápi-

damente el papel que escribía, cuya llave echa y se guarda.)

ESCENA VI.

CONCHA y RAFAEL.

CONCHA. ¿Aun aquí? (¡Oculta el papel (Alarmadísima.)
que escribía! ¿qué será?)
RAFAEL. (¡Ella!) ¿Tú de vuelta ya?
¡qué sorpresa!
CONCHA. (Muy irritada.) Rafael,
¿por qué con tal prisa escondes
ese papel? ¿Tú creías,
que no lo he visto? Escribías
¿á quien, dí?... ¿No me respondes?
(Exasperada.)
RAFAEL. No es carta.
CONCHA. ¿Qué es?
RAFAEL. Un boceto
á la pluma... Lo verás
luego.
CONCHA. ¡Á mí no me la dás!
RAFAEL. Pero...
CONCHA. Á verlo. (Dirigiéndose al secreter.)
RAFAEL. (Deteniéndola.) Te prometo
que has de verlo.
CONCHA. (Furiosa.) Es una carta.
¡Y si en guardarla te empeñas,
cuando tú no me la enseñas
es para alguna lagarta!
RAFAEL. Te juro que no.
CONCHA. ¡De cierto!
Si la cosa está bien clara.
¡Te lo conozco en la cara;
te has quedado como un muerto!
RAFAEL. ¿Cómo un muerto?
CONCHA. Es natural.
RAFAEL. (Ya en la cara llevo impresa
la muerte.)
CONCHA. Vamos, dame esa
carta.
RAFAEL. Promesa formal

te hago de que la has de ver
pronto. Tú la has de sacar
de allí.

CONCHA. ¿La piensas cambiar?
¡De aquí no me he de mover!

RAFAEL. Con eso no tendrás duda.
(Muy tierno.) Sí, Concha; estate conmigo.
(¡Dios mio, cómo la digo
que la voy á dejar viuda!)

CONCHA. ¡¡No me toques!! (Irritadísima.)

RAFAEL. ¿Aun no quieres
creerme? ¿aun dudas de mí?
¿De quién tienes celos, dí?

CONCHA. Pues... ¡de todas las mujeres!!
Pero no tengo razón,
tú eres bueno, tu eres fiel;
¿verdad que en ese papel
no se encierra una traición?

RAFAEL. Ninguna, esposa querida,
los celos te hacen demente. (Mira al reló.)
(¡Me quedan escasamente
doce minutos de vida!)

CONCHA. Yo no debía dudar
de tu cariño un momento,
porque ni aun de pensamiento
me puedes nunca engañar.

RAFAEL. (¡Pobrecita! Y yo quería
engañarla ¡soy un tuno!
¡Qué honrado se vuelve uno
cuando se vé en la agonía!)

CONCHA. ¿Te callas? Bajas la vista.
(Irritándose otra vez.)
¿Haré mal en confiar?

RAFAEL. (Vivamente.) No.

CONCHA. Pues me vas á jurar
que es así.

RAFAEL. (Aterrado.) (¡Dios nos asista!)
¿Para qué esos juramentos?

CONCHA. Por mi sosiego.

RAFAEL. (¡Qué apuro!
Yo no puedo ser perjuro
en mis últimos momentos.)

CONCHA. ¡Vacilas!
RAFAEL. (Turbado.) Si... mi franqueza...
tu justo enojo... no amengua...
(Ya se me traba la lengua.
¡La parálisis empieza!)
CONCHA. (Sorprendida.) ¿Qué dices?
RAFAEL. Concha, en la vida
hay momentos que el *spleen* ([1])
nos hace ver nuestro fin
cercano. Será mentida
ilusión, quizá aprensiones
tontas... te vas á reir,
pero...
CONCHA. (Asustada.) ¿Qué quieres decir?
Acaba.
(Fijándose en este momento en la mano vendada de Rafael.)
RAFAEL. Que hay ocasiones
en que, dolorida el alma,
aspira á obtener perdón
y busca en la confesión
de sus errores la calma;
y quiero, en fin, mis errores
depositar en tu pecho.
CONCHA. ¡Eso indica que me has hecho
todo género de horrores!
RAFAEL. (Suplicante.) Sólo turba mi conciencia
un pecadillo... y muy leve.
CONCHA. ¿Y á declararlo se atreve?
¡qué descaro! ¡qué insolencia!
RAFAEL. (Muy afligido.)
Te estoy hablando igual que
si me estuviera muriendo.
CONCHA. ¿Tú? (Asustada.)
RAFAEL. ¿Quién sabe?
CONCHA. (Que desde poco antes parecerá empezar á figurarse lo que pasa, se fija ahora en la flecha caída en el suelo, y mirando alternativamente la mano vendada de Rafael y la flecha, da á entender, con una mirada, que se ha hecho cargo de la situación, y

([1]) Léase *esplin*.

piensa aprovecharla. Se deja al talento de la actriz hacer comprender esto claramente al público.)

(¡Ahora comprendo!
¡Así todo lo sabré!)
¿Y he de ser tu confesor?

RAFAEL. Sí; nada te he de ocultar.

CONCHA. (Con solemnidad cómica.)
Pues ya puedes empezar;
entona el *yo pecador.*

RAFAEL. (Tartamudeando.)
El hombre... es débil...

CONCHA. ¡Y pillo!

RAFAEL. Y en el mundo... hay... tentaciones...
y... tropiezos...

CONCHA. ¡Y bribones!
Eso me lo sé al dedillo.

RAFAEL. Te encuentras... en cualquier parte...
con alguna perfección...
te fijas, sin intención...

CONCHA. ¡Justo! ¡Por amor al arte!

RAFAEL. Eso es. Te choca... una trenza...
unos ojos... un lunar..
Si uno se puede acercar,
y ella es...

CONCHA. ¡Una sinvergüenza!

RAFAEL. Se va allanando el camino,
y aunque no haya en esto amor,
lo recorre uno.., asi... por
entretenerse.

CONCHA. ¡Cochino!

RAFAEL. Ella es alegre, insinuante,
con aires de inocentona...

CONCHA. ¡Y una solemne bribona!

RAFAEL. Es muy posible.

CONCHA. Adelante.

RAFAEL. Quizás lo desconocido
la presta mayor encanto,
y como uno no es un santo...

CONCHA. ¡Como que *uno* es un perdido!

RAFAEL. Al otro día la ves;
se hacen amistades pronto,
empieza uno á hacer el tonto...

CONCHA. Y ella la... ¡tonta! ¿Y después?
RAFAEL. Después... sin darse uno cuenta,
se va intimando.
CONCHA. ¡Ya! ¿Y luego?
RAFAEL. Se intima más.
CONCHA. (¡Yo le pego!)
¿Y después?
RAFAEL. Ella lo alienta
á uno y... vas á enfadarte...
CONCHA. No; sigue.
RAFAEL. Y uno... ya ves...
es atrevido.
CONCHA. ¿Y después?
RAFAEL. ¡Después?... Puedes figurarte
lo que suceder podría
siguiendo.
CONCHA. ¡Cállese usté!
RAFAEL. (¡Se me ha dormido este pié!
¡Esta mano se me enfría!) (Pánico creciente.)
Concha, yo te juro.
CONCHA. ¡Infiel!
No jures en falso.
RAFAEL. Mira
que no he llegado á...
CONCHA. (Interrumpiéndole bruscamente.) ¡Mentira!
RAFAEL. Concha, no seas cruel.
Aun soy en ese desliz
inocente.
CONCHA. ¡Quita allá!
¡Perjuro!
RAFAEL. (¡Creo que ya
tengo helada la nariz!)
Tu perdón...
CONCHA. ¡Jamás!
RAFAEL. Olvida
tus rencores, por favor. (Mira al reló.)
(¡Sólo me quedan ¡horror!
cinco minutos de vida!)
Depón tus fieros enojos
y dame tu absolución.
Es cierta mi contrición.
Luzcan de nuevo en tus ojos

tus miradas cariñosas.
No lo haré más, te lo juro.
(Porque, un muerto, de seguro
no puede hacer esas cosas!)
Tú no sabes lo que siento
en este supremo instante.

CONCHA. (Merecía este tunante
un rato de sufrimiento.)
(Reflexionando, como si trazase su plan.)

RAFAEL. ¿Te callas? (Anhelante.)

CONCHA. (Resueltamente como si hubiera tomado su decisión.)
Mi absolución,
Rafael, no puedo negarte.
¿Cómo no ha de perdonarte
quién necesita perdón?

RAFAEL. ¿Qué? (En el colmo del estupor.)

CONCHA. (¡Me las vas á pagar
con creces!) ¿Benevolencia
no he de tener, si en conciencia
también me debo acusar?

RAFAEL. ¿Tú? ¡Cielo santo!

CONCHA. Yo; sí.
¿El hombre es débil? Pues bien,
la mujer débil también
es á veces.

RAPAEL. (¡Ay de mí!
¡Me recorre un sudor frío
todo el cuerpo! ¿Esto que siento
es del envenenamiento
ó de lo que oigo, Dios mío?)
Pronto, explícate ¿esa falta?...

CONCHA. Es leve. (Tú has de sufrir
hasta saberlo.) Es decir,
quizás no tanto.

RAFAEL. (¡Me salta
la sangre!) ¡Mi justo enojo
teme!

CONCHA. Ideas caprichosas
hay...

RAFAEL. (¡Saber uno estas cosas
cuando va á cerrar el ojo!)

CONCHA. Y... en fin, perdón por perdón

(Resueltamente.)
ha de ser.

RAFAEL. ¿Qué es lo que dice!!

CONCHA. Porque yo, al cabo, lo que hice
lo hice con buena intención.

RAFAEL. ¿Pero qué hicistes? Hablar
claro es preciso. (Con ira.)

CONCHA. Falté
á algo de lo que juré
cumplirte al pié del altar.

RAFAEL. ¡¡Desgraciada!!

CONCHA. ¿No has faltado
á algo también?

RAFAEL. (Vivamente.) De intención
tan solo ¿y tú?

CONCHA. (Conteniendo la risa.) Yo la acción
censurable he consumado.

RAFAEL. ¡Infame! ¿Y tienes valor
de declararlo?

CONCHA. ¿El ejemplo
no me das tú? Yo, en el templo,
te juré constante amor,
fidelidad, obediencia...

RAFAEL. Y perjura lo olvidaste. (Amenazador.)

CONCHA. Cuando tú te confesaste,
lo he escuchado con paciencia.

RAFAEL. (Parece que unas tenazas
me atan los brazos ¡la muerte
(Agitándolos exageradamente.)
se acerca!)

CONCHA. (Interpretando mal los movimientos de Rafael.)
Si por más fuerte
iracundo me amenazas,
no me asustas; mi castigo,
si es justo, lo sufriré;
pero antes confesaré
lo que he hecho.

RAFAEL. (Fuera de sí.) Sí, conmigo
morirás.

CONCHA. (Ocultando la risa.) (Pues larga vida
nos queda.)

RAFAEL. (Mira al reló.) Son los instantes

cortos; yo muero, pero antes
morirás tú, fementida.

CONCHA. ¡Te matas! ¿Siembras el luto
castigándote á tu vez?
¡Qué heroismo! ¡Qué honradez!
¡Es un Romano! ¡Es un Bruto!!

RAFAEL. No me mato; ya llevaba
la muerte en mí al confesarte
mis errores ¡adorarte
fué el mayor!. Y yo pensaba
que la muerte que me acecha
sería dulce en sus brazos!
Pues rompiste así los lazos
más santos, con esta flecha,
(Cogiendo la que cayó al suelo.)
cuyo hierro emponzoñado
cortó, hiriendo aquí, mi vida
(Mostrando la herida)
tomaré también cumplida
venganza en tí! (Yendo á herirla.)

CONCHA. (Deteniéndolo vivamente.) Estás salvado,
detente! Ya envenenadas
no están las flechas.

RAFAÉL. ¿Qué escucho?

CONCHA. La verdad; y ya era mucho
castigo á tus escapadas
seguirte haciendo sufrir
tal tormento. Ese pecado,
que te hubiera declarado
á dejarme concluir,
aunque pesa en mi conciencia
no iguala á tus procederes
livianos; de mis deberes
solo falté á la obediencia.

RAFAEL. (Contentísimo.)
Ah, Concha, y yo que pensaba ..

CONCHA. Tú no piensas nada bueno.
Puede quitarse el veneno
á esas flechas. Me asustaba
su peligro; he preguntado
á quien me pudo informar
y supe que con quemar

sus puntas ya no hay cuidado.
Y faltando á tus severas
órdenes de no tocarlas,
Pedro me ayudó á quemarlas
esta mañana.

RAFAEL. ¿De veras?

CONCHA. La falta que cometí
fué esa sola.

RAFAEL. (Abrazándola.) Me has salvado
la vida. (Y yo le he contado
las mías ¡bruto de mí!)
¡Seas mil veces bendita
previsora compañera!
(Las cuatro y media, aun pudiera
llegar á tiempo á la cita.)

CONCHA. Ahora que estoy perdonada
te toca á tí, mal marido.
¿Conqué usté se ha permitido
trapisondas? ¡Monstruo!

RAFAEL. Nada
he llegado á consumar
aun.

CONCHA. Lo veremos, en cuanto
lea esa carta que tanto
te empeñaste en ocultar.

RAFAEL. Toma y lee. (Dándole la llave del secretaire.)

CONCHA. (Saca el papel y lee.) ¿Un testamento?
«Á mi adorada mujer
cuanto puedo poseer
y mi último pensamiento.»
(Conmovida.) Oh, Rafael...

RAFAEL. ¿Tu perdon
tengo?

CONCHA. Toda mi clemencia. (Cariñosísima.)
Pero impongo penitencia (Poniéndose fosca.)
para dar la absolución.

RAFAEL. La cumpliré muy gustoso.

CONCHA. No volver ni aun á pensar
en faltarme has de jurar.

RAFAEL. Lo juro.

CONCHA. Ni á hacer el oso
á ninguna en adelante.

RAFAEL. Juro.
CONCHA. Y como la ocasión
casi siempre hace al ladrón,
además...
RAFAEL. (Escamado.) ¿Aun no es bastante?
CONCHA. Para evitar... *tentaciones,*
me tienes que prometer
llevar siempre á tu mujer
cosidita á los faldones.
RAFAEL. (¡No hay escape!)
CONCHA. ¿Lo prometes?
RAFAEL. Prometido. (Con resignación.)
CONCHA. Pues lo admites.
Se acabaron los convites,
amigotes y banquetes.
RAFAEL. (¡Me partió!)
CONCHA. ¿Gruñes?
RAFAEL. No gruño.
(¡Ni me deja discutir!)
CONCHA. (Echándole la bendición.)
Perdonado y á vivir.
RAFAEL. (¡Nada! ¡me metió en un puño!)
CONCHA. (Al público.)
Y pues ambos estamos,
de los pecados,
el uno por el otro
ya perdonados,
solamente nos falta
que tú perdones
y aplaudas esta pieza
sin pretensiones.

FIN DEL JUGUETE.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1[2 M.
El golpe de gracia	1	Señá. Hurtado y Caballero	L. y 1[2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1[2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M.
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1[2 M
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.